

Le pregunté a mi esposa, Ruth, esta semana qué ella pensaba acerca del idioma de la tecnología que ha entrado en uso común, especialmente entre jóvenes y adultos jóvenes. Su respuesta fue que parece como si ha sido inventado un nuevo idioma. Cuando preparaba la homilía, sus palabras me recordaron la respuesta de una de nuestras feligresas hispanas cuando la pregunté sobre una palabra usada en la Oración Eucarística. Ella me dijo su significado y entonces añadió, «Ésa es una palabra de la Iglesia. No la usamos».

Me pregunto si una palabra usada en el Evangelio para hoy es una palabra de la Iglesia que no usamos o es como una abreviatura usada en la tecnología que no entendemos. «Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo». Cordero de Dios. Usamos la palabra cada domingo, repitiéndolo varias veces justo antes de recibir la comunión, por lo que claramente se asocia con el cuerpo y la sangre de Jesús. Sabemos que es un nombre usado para Jesús, pero ¿Por qué Cordero de Dios? ¿Por qué Cordero de Dios?

Hay muchas respuestas a esa pregunta, demasiadas para tratar de lidiar aquí, pero quiero comenzar con el sacrificio del Cordero pascual en la noche del éxodo del pueblo de Dios de la esclavitud en Egipto. Dios les mandó celebrar esta noche de la liberación anualmente con una comida del Cordero Pascual y una liturgia en recuerdo de su liberación de la esclavitud. Fue el profeta Isaías, sin embargo, quien, hace más de dos mil quinientos años, asoció el cordero con un siervo sufriente de Dios y nos ofreció un vistazo en su significado:

. . . eran nuestras dolencias las que él llevaba,
eran nuestros dolores los que le pesaban.
Nosotros lo creíamos azotado por Dios, castigado y humillado,
y eran nuestras faltas por las que era destruido
nuestros pecados, por los que era aplastado.
El soportó el castigo que nos trae la paz
y por sus llagas hemos sido sanados.

Todos andábamos como ovejas errantes,
cada cual seguía su propio camino,
y Yavé descargó sobre él la culpa de todos nosotros.

Fue maltratado y él se humilló y no dijo nada,
fue llevado cual cordero al matadero,
como una oveja que permanece muda cuando la esquilan (Isaías 53:4-7).

El Nuevo Testamento del Evangelio en el libro de Hechos de los Apóstoles a la epístola de san Pedro identifica a este siervo-cordero sufriente con Jesús. Fue Jesús quien aguantó nuestros sufrimientos. «[Fue] él [quien] soportó el castigo que nos trae la paz y por sus llagas hemos sido sanados». Esto es algo de lo que san Juan el Bautista quiere decir cuando él dice, «Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo».

Pero otra pregunta viene: ¿Por qué tenemos que ser hechos completos? ¿Qué está inadecuado sobre nosotros? ¿Por qué era necesario que Dios se hizo hombre, que él enseñara y curara, y que luego sufriera y muriera en una cruz? Esta pregunta nos lleva a otra serie de respuestas, de nuevo demasiadas para abordar aquí.

El mal existe por todo el mundo. Seguramente ninguno de nosotros puede dudar de que existe. Sin embargo, nosotros no nos consideramos involucrados en el mal. Esa es la obra de otros, no de nosotros mismos. Para citar sólo un ejemplo posible, somos cómplices en el mal porque la comida que compramos puede ser la fruta cosechada por trabajadores casi esclavos que están siendo envenenados por los productos químicos usados para producir los productos agrícolas «perfectos» que nosotros exigimos. Por supuesto, no tenemos que pensar en esos términos para reconocer nuestro pecado.

Otra vez, comenzamos, esta vez en el principio. Al principio Dios creó un mundo bueno y armonioso. El hombre y la mujer fueron hechos a la imagen de Dios, y todo estaba relacionado y todo tenía un propósito. Los seres humanos, sin embargo, eligieron seguir su propio camino, hacer sus propias elecciones y decisiones, sin tener en cuenta todo lo que Dios había dicho. Aunque ellos habían advertidos de las consecuencias, ignoraron la advertencia. Todas las relaciones se rompieron, y la envidia y la violencia reemplazaron la armonía. En el lenguaje de la Iglesia su acción era «pecado original», y, por lo tanto, ellos transmitieron a toda humanidad estas relaciones rotas.

Sin embargo, Dios no nos abandonó. Prometió que uno vendría que restauraría esas relaciones. Jesucristo, el Cordero de Dios, es ese.

Cordero de Dios es una palabra poderosa, un nombre poderoso. Es una palabra de la Iglesia y una palabra de la Biblia que no tiene que ser sin sentido. Jesús, el Cordero de Dios, vino, no solo para sufrir las consecuencias supremas del pecado humano en su crucifixión, sino también para enseñarnos y mostrarnos cómo vivir y amar y servir. Él nos llamó a recordar quién somos y, en nuestro camino espiritual que comienza en el bautismo, a crecer en la imagen en la cual se nos hizo. Él comenzó la restauración de la creación.

Ahora viene la pregunta a cada uno de nosotros: ¿Cuál es nuestra meta en la vida? ¿Elegimos las cosas sobre las relaciones? ¿El poder, incluso dentro de nuestra familia, sobre el amor? Nosotros no tenemos que elegir relaciones rotas. Dios nos dio libre albedrío. Tenemos una opción. Tenemos la ayuda de Dios—Padre, Hijo, y Espíritu—nuestra bendita Madre y los Santos. Que elijamos hacer nuestra parte dentro de nosotros mismos, dentro de nuestra familia, dentro de nuestro mundo para reparar el quebrantamiento y para curar las heridas.